

Analco: un barrio en la historia¹

MARÍA GRACIA CASTILLO RAMÍREZ*

Analco es un barrio de Guadalajara. Fue fundado al otro lado del río que se llamó de San Juan de Dios —hoy Calzada Independencia— simultáneamente con el traslado de la ciudad a su cuarto y último asentamiento en el valle de Atemajac. Inserto en una ciudad que se diversifica en los más variados aspectos, y a pesar de las transformaciones que lo han afectado a lo largo de la historia, de la coexistencia en su seno de lo novedoso y lo tradicional, ha logrado conservarse como una entidad donde, pese a la confusión provocada por la modernidad y posiblemente para enfrentarla, los seres humanos que lo habitan se siguen sintiendo hermanados por costumbres, normas y valores, por esa cultura tan particular que crea la vida comunitaria de barrio.

El término barrio es polisémico. Su significado y carga simbólica difiere si lo utilizan los habitantes de una de esas zonas, personas que viven en otras partes de la ciudad o estudiosos que pretenden explicarlo como fenómeno social. En algunas ocasiones se usa para hacer alusiones exclusivamente espaciales, en otras su acepción incluye aspectos: culturales, económicos, sociales e identitarios.

El punto de referencia más obvio para ubicar un barrio es el espacio que ocupa. Sin embargo es importante identificarlo por su desarrollo histórico, por la conciencia que de éste tengan sus habitantes, así como por símbolos y aspectos culturales particulares, no compartidos con el resto de la ciudad. Lo mismo puede suceder con otras zonas de la ciudad,

pero a éstas se les denomina colonias y fraccionamientos dado que su establecimiento responde a formas de crecimiento urbano moderno, por lo que sus funciones, arquitectura y diseño tienen características nuevas y su carga histórica, así como tradicional es menor (Moreno e Ibarra, 1996; Arias y Vázquez, 1996).

Diferentes estudiosos sociales han analizado la identidad vecinal a través de la etnografía o de sus manifestaciones en momentos de conflicto (cf. Rosales, 1996). Independientemente de la forma en que se revele, la identidad barrial está ligada a la organización del espacio, la cual, como producto de las relaciones sociales de dominio prevalecientes en los sucesivos tiempos de una región, requiere explicaciones integradoras que contextualicen históricamente el lugar que se aborde; que den cuenta de la forma en que la gente ha construido y usado su espacio tanto material como simbólicamente (cf. Moreno Toscano y Florescano, 1976).

Partiendo de dichas consideraciones este trabajo pretende un acercamiento al fenómeno sociourbano que constituyen los barrios desde el punto de vista histórico, tomando a Analco como caso y poniendo especial atención en procesos que se gestaron en los últimos años del siglo pasado y primeros del presente, ya que las bases materiales modernas que se establecieron durante el porfiriato fueron el cimiento de muchas costumbres y formas de vida actuales. Para ello se destacarán algunos aspectos de los que son conscientes los analquenses y otros, tal vez poco

¹ Este trabajo recoge avances de una investigación que será presentada como tesis de maestría en El Colegio de Michoacán.

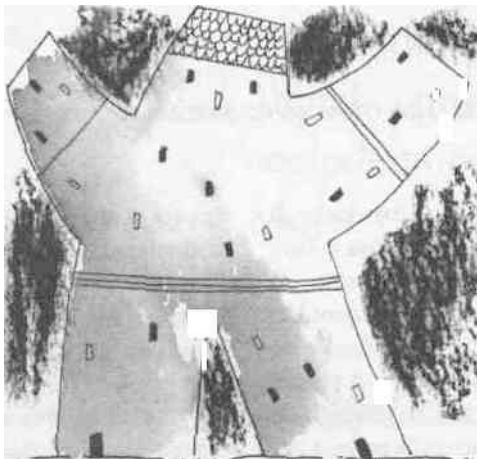
* Centro INAH Jalisco.

perceptibles pero que de alguna manera han dejado huella; se señalarán las diferencias entre las relaciones vecinales y ciudadanas, así como las modalidades que los barrios adoptan ante el papel jugado por el ayuntamiento en el control de la ciudad.

La diversidad e imprecisión del término barrio también está vinculada a su evolución histórica. En el transcurso del tiempo y del espacio, cambios económicos, sociales, políticos, administrativos y culturales han influido en las variaciones de su significación, pues no quiere decir lo mismo si se aplica a las villas medievales, a la distribución del espacio prehispánico en América, a la época colonial o las ciudades decimonónicas y actuales. Sin embargo, en casi todos los casos hay una característica común, generalmente son habitados por gente trabajadora, en mayor o menor escala de escasos recursos.

Analco es un caso típico en el que se pueden observar las transformaciones históricas del término. Originalmente fue un pueblo de Indios —a los que en las crónicas de la época se les suele llamar también arrabales o barrios—; una entidad política delimitada, dependiente de la Audiencia neogallega, pero con autoridad propia, aunque compartida con Mexicaltzingo, otro barrio indígena. A solicitud del cabildo tapatío, por motivos de justicia y económicos, en 1671 la Corona española dispuso que pasara a depender administrativamente de Guadalajara y en 1825 se incorporó formalmente a esa ciudad como uno de sus barrios. Cuando en 1790 se había implementado la división administrativa y policial de la ciudad en cuarteles. Analco se convirtió en uno de ellos y a pesar de los cambios en la nomenclatura y territorialidad de esa división, el cuartel que comprendía el barrio, a diferencia de lo que ocurrió con otros, no varió en su extensión. Fue hasta la segunda década del siglo XX, con la nueva división de la urbe en sectores, cuando quedó incluido en el Reforma, al cual se incorporaron nuevas colonias. A partir de entonces su distinción como barrio respondió exclusivamente a características socioculturales y ya no concordó con ninguna división de tipo político-administrativo.

En Guadalajara, como en muchas otras añosas ciudades, la mayoría de los antiguos barrios han sido absorbidos por la urbanización. En algunos casos pasaron prácticamente al olvido; en otros, aunque la función habitacional y consecuentemente los vínculos y la cultura vecinal prácticamente ya no existen, su imagen ha sido rescatada como parte del patrimonio histórico cultural del conjunto de la urbe. Tal es el caso en la capital jalisciense de “La Merced”, “El Carmen”, “El Pilar”, antiguos barrios



que actualmente forman parte del llamado centro histórico, en los que se conservan templos y edificaciones de valor arquitectónico, casas y lugares de reunión de jaliscienses ilustres y con ello algunas tradiciones y leyendas.

Caso excepcional lo constituyen sus barrios fundadores, los cuales no han perdido por completo su función habitacional y por tanto ciertas relaciones vecinales todavía son palpables en ellos. Mexicaltzingo y Mezquitán en menor medida, el primero debido a que los comercios lo han invadido gracias a su cercanía del centro de la ciudad; y el segundo porque ha sido atravesado por diferentes arterias viales.

Analco resulta verdaderamente singular pues a pesar de las explosiones del 22 de abril de 1992, de las transformaciones impuestas por la modernidad y de ocupar un sitio céntrico en la actualidad, aproximadamente tres cuartas partes de su espacio siguen desempeñando funciones habitacionales.²

Gracias a que los analquenses han sido capaces de adecuarse a los cambios y actualizar el significado de los símbolos que comparten, alimentando así sus formas culturales propias, este barrio constituye un caso único en Guadalajara para observar desde una perspectiva histórica las relaciones sociales y vecinales que se dan en estos conglomerados urbanos.

Analco fue fundado con quinientos naturales que, a solicitud de los propios españoles, se trasladaron de Tetlán a las inmediaciones de Guadalajara. Conforme al principio de la separación de las repúblicas de españoles e indios, los naturales no podían incorporarse a la ciudad, por lo que se establecieron al oriente del río

² Dato proporcionado por la Sección de Monumentos Históricos del Centro INAH Jalisco con base en el catálogo de fincas en barrios tradicionales que realiza.

de San Juan de Dios, de donde derivó el nombre del poblado indígena, el cual quiere decir “al otro lado del río”. En el cumplimiento de las funciones desempeñadas por la capital neogallega, los analquenses fueron la mano de obra que realizó labores tendientes a sustentar la actuación de los grupos dirigentes y dominantes de la sociedad tapatía durante la colonia. En sus primeros tiempos tuvo autoridades propias, funciones bien delimitadas y pobladores fundamentalmente indígenas.

La existencia del río de San Juan de Dios entre Guadalajara y el barrio sirvió como límite y a la vez como lugar de actividades comunes. El río, después El Paseo y hoy la Calzada Independencia, está estrechamente vinculado a la historia de Analco y ha influido de maneras diversas en la vida de sus habitantes. Durante la época colonial también recibió el nombre de calle industrial, ya por los molinos que desde temprana época se instalaron aprovechando el cauce de sus aguas, ya por los lavaderos y baños que en él se establecieron o porque sus orillas eran utilizadas por diversos ciudadanos para plantar hortalizas. Esta frontera que separó los barrios de San Juan de Dios y Analco de la ciudad sólo podía ser cruzada a través de puentes y durante el día, pues por la noche sus riberas eran centro de reunión de maleantes. La presencia de ese tipo de gente en esa parte parece ser una constante en la historia de Analco y ha dado lugar a diferentes tipos de organización y denuncias para enfrentar el problema.³

Dada la cercanía del conglomerado indígena a la ciudad, su adaptación a la cultura europea fue relativamente rápida, pues el contacto frecuente con los peninsulares facilitó, en mayor o menor medida, la asimilación de sus hábitos, lenguaje, religión y demás elementos socioculturales. A esa aculturación contribuyó el que, no obstante su calidad de pueblo de indios, desde temprana época colonial mestizos y españoles, así como negros y mulatos fueran a vivir a esa parte, unos buscando mantenerse como intermediarios en el comercio que se establecía entre la ciudad y los indígenas, otros porque, amantes de los placeres y del fácil vivir, de esa manera se salían de la jurisdicción de Guadalajara, situándose en la del corregidor de Analco y Mexicaltzingo que se distinguía por descuidar sus funciones. En 1671, a solicitud del cabildo tapatío, y precisamente por razones de Justicia y económicas, Analco dejó de ser corregimiento y pasó a ser jurisdicción de la ciudad, con lo que la mezcla de

funciones y etnias se fortaleció. Si bien administrativa y judicialmente Analco dependía de Guadalajara y estaba representado en el cabildo por un alcalde de barrio, se le seguía llamando pueblo de indios. Fue hasta 1825 cuando se declaró formalmente barrio de la ciudad.

Así pues, en sus primeros tiempos y a lo largo de buena parte de su desarrollo el barrio aparece como una reproducción de la ciudad, tanto estructural, como funcional y fenomenológicamente. Al quedar incluido dentro de Guadalajara, la antigua separación socioespacial establecida por la división en dos repúblicas fue sustituida por un nuevo tipo de espacialidad urbana: barrios ciudadanos, cuarteles y demarcaciones policiales.

Debido a las epidemias y a los movimientos migratorios, el número de pobladores de Analco descendió paulatina y alarmantemente entre los siglos XVI y XVII. Sin embargo, a fines del XVIII, cuando se recuperó demográficamente, su población inició un proceso de franco crecimiento. Fue entonces cuando, con el objetivo de lograr una mejor administración y control de los recursos, la Corona española impulsó las Reformas Borbónicas. A raíz de ellas se reforzó el papel que las ciudades habían desempeñado como centros organizadores del entorno rural, incorporándolas a la dinámica de tipo mercantilista. Estos cambios requirieron de una infraestructura y control urbano adecuados; de ahí que Guadalajara, como muchas otras ciudades, se dividiera administrativa y judicialmente en cuarteles, uno de los cuales, como ya se dijo, lo constituyó Analco; se mejoraron los caminos que comunicaban a la capital neogallega con otras regiones con lo que se incrementó el tránsito de arrieros; se comenzaron a construir grandes edificios civiles, asistenciales —Casa de Misericordia y Hospital de San Miguel de Belén— y eclesiásticos —conventos, Colegio Jesuita de Santo Tomás y Seminario Conciliar.

Esa especialización a su vez repercutirá en una nueva estimación del suelo y por tanto en la delimitación de territorios con diferentes valores y funciones vinculados también con la estratificación social. Los cuatro lotes en que originalmente estaban divididas sus manzanas, se empezaron a subdividir para dar cabida a mayor número de construcciones. Las casas de españoles y criollos, diseminadas en diversos rumbos de la ciudad, se distinguieron por su tamaño y ornamentación, y contrastaban con lo

³ Por ejemplo, en 1896 los analquenses formaron una liga con el fin de “inquirir las guaridas de los hijos de caco, y una vez comprobada la vida que éstos llevan, entregarlos a la Policía” (*El Noticiero*, 23 de agosto de 1896).

precario y pequeño de las viviendas de indios y mestizos ubicadas en barrios como Mexicaltzingo, Mezquitán y Analco. Se impulsaron los servicios públicos, las calles se terraplenaron y en algunos casos, como la Alameda y las orillas del río de San Juan de Dios, se empedraron. En los primeros años del siglo XIX fueron hechos dos puentes sobre el río y se arreglaron el de Mexicaltzingo, así como el de Medrano que correspondía a Analco y era donde desembocaba el camino que venía de México.⁴ La vida citadina se fue haciendo más compleja, por lo que el cabildo tuvo que tomar las medidas necesarias para controlarla y regularla.

La transformación de las ciudades se desaceleró por la lucha independentista y las guerras posteriores. No obstante, el crecimiento demográfico, espacial y económico de Guadalajara fue significativo. Entre 1777 y 1868 la ciudad aumentó sus habitantes en 48 por ciento (de 22, 140 a 45, 947) en tanto que la de Analco creció en un 60.23 por ciento (de 1,167 a 7,029),⁵ contribuyendo al incremento poblacional de la ciudad en un 24.62 por ciento aunque durante ese periodo los analquenses sólo fueron en promedio el 12.03 por ciento del total citadino. Por su parte la mancha urbana se expandió notablemente entre 1800 y 1850, especialmente hacia el oriente y el poniente (cf. López Moreno, 1992: 88, croquis L).

Para 1822 el cuartel que correspondía a Analco ocupaba el tercer lugar en cuanto a población económicamente activa. La industria que empleaba a más analquenses era la textil, seguida por la talabartería, la confección de ropa y las ocupaciones relacionadas con la construcción. Existían también pequeñas empresas familiares. Además, no pocos habitantes de Analco se emplearon en los obrajes que se establecieron en las orillas del río de San Juan de Dios, aprovechando la energía hidráulica que éste proporcionaba.

A mediados del siglo XIX, con la instalación de los primeros centros fabriles en las inmediaciones de Guadalajara, el barrio se convirtió en una de las zonas de la ciudad con mayor número de inmigrantes campesinos que llegaban en busca de alternativas para mejorar sus condiciones de vida. Dada su situación al oriente de la ciudad y en las inmediaciones del camino que pasando por los Altos de Jalisco llegaba de la capital del país, no pocos de los recién

llegados se quedaban allí para buscar ubicarse en la urbe.

Durante el porfiriato, como consecuencia del ingreso de México en la órbita del capitalismo, se inició en el país el proceso de modernización, mismo que alteraría el ambiente provinciano y determinaría el crecimiento de algunas ciudades, aunque adoptó diversas modalidades dependiendo de la zona y del grupo social al que llegaba.

El reordenamiento del espacio citadino delimitó nuevos espacios para la vivienda, la diversión, las escuelas, la industria, el comercio. La construcción de colonias —modernas, mejor dotadas de servicios, con nueva traza y arquitectura— así como la pujanza del comercio por espacios propios, hizo que muchos ricos trasladaran sus residencias del centro de la ciudad a la periferia, mientras sus antiguas casas fueron habilitadas para establecer comercios y negocios, o para funcionar como vecindades. La gente de escasos recursos —artesanos, trabajadores, obreros— habitó el oriente y los extremos norte y sur de la ciudad, donde los servicios públicos o no existían o dejaban mucho que desear.

Los servicios públicos modernos, el acercamiento con las formas de vida europeas, las nuevas mercancías, las maneras de comerciar, negociar y comunicarse a que dio lugar la industrialización, el continuo progreso en los avances tecnológicos, así como otros muchos cambios que se iniciaron entonces, incidieron en la transformación de las formas de vida de los mexicanos.

La imagen de la ciudad se transformó y presentaba nuevos y diversos aspectos dependiendo, entre otras cosas, de los tiempos de sus habitantes, pues con el disfrute de los nuevos servicios, los horarios de la comunidad también fueron cambiando. Con la instalación de las tomas domiciliarias de agua ya no era necesario acarrear agua de las fuentes públicas, o ir a lavar al río; el alumbrado público permitió realizar por la noche actividades que antes sólo se podían hacer de día; el traslado de unas partes a otras de la ciudad fue más rápido con el establecimiento de los tranvías eléctricos.

La variedad de formas en que los diferentes sectores de la ciudad enfrentaron la modernidad porfirista pusieron de manifiesto que la ciudad no era un conjunto integrado, sino un conglomerado de grupos con distinta manera de ver las cosas e incluso

⁴ Archivo Histórico Municipal: H/5/795 AP 14, leg. 12; OP/11/773-777 AP 4, leg. 7; OP/13/1795 AP 14, leg. 13; OP/11/1821 AP 37, leg. 179; OP/11/1788 AP 9, leg. 31; OP/2/841 AP 35, leg. 88; OP/3/794; OP/11/765 AP 2, leg. 63.

⁵ Archivo Histórico de Jalisco. Ramo: estadísticas, sin catalogar.

con intereses disímiles si no encontrados. “La sociedad urbana que comenzaba a ser multitudinaria provocaba la quiebra del viejo sistema común de normas y valores... y el conjunto comenzó a ofrecer un típico cuadro de anomia” (Romero, 1976: 317).

Ante el continuo cambio en sus formas de vida cotidiana, las clases populares desarrollaron una creciente tendencia hacia la integración y un marcado propósito de cada uno de sus miembros de afirmar su personalidad en medio de la transformación de la ciudad. La fisonomía de los sectores marginales se modificó. Crecieron en número y cambiaron de modalidad. Aumentó el número de mendigos y la mala vida tomó un aire áspero y cruel, como la miseria urbana (Romero, 1976: 317).

La reacción del barrio de Analco ante el proceso por el cual la sociedad tapatía quedó situada entre lo nuevo y lo viejo, lo moderno y lo tradicional, revisió modalidades diferentes a las de otros sectores tapatíos. Los analquenses, como muchos de los desposeídos y/o con antecedentes indígenas, enfrentaron los cambios “desenterrando el espíritu comunal de sus antepasados y reivindicando la fraternidad universal de los evangelizadores católicos” (Hart, 1992: 52), imprimiéndoles particularidades significativas, no necesariamente planeadas, que contribuyeron a recrear y a seguir construyendo su identidad. Al actuar así optan por el ejercicio de una democracia, entendida como capacidad de vivir de la forma en que están acostumbrados o ellos quieren hacerlo.

Durante ese periodo, la estructura demográfica de Analco se alteró cuantitativa y cualitativamente. Entre 1888 y 1907 el número de sus habitantes se incrementó en un 114 por ciento (de 8 200 a 19 710). Este aumento se debió en buena medida a la constante llegada de inmigrantes atraídos por las posibilidades de movilidad social que ofrecían las nuevas ocupaciones. En este sentido es significativo el hecho de que el incremento de adultos fuera mayor que el de menores y el porcentaje de hombres superara a las mujeres, asimismo, el número de solteros aumentó.

El incremento de población en Analco se vio aparejado por un aumento del territorio ocupado, el número de manzanas permaneció siendo el mismo (cf. planos de Guadalajara de 1880 a 1908). Sin embargo, un gran número de viviendas del barrio eran habitadas por varias familias o por grupos extensos en los que es difícil establecer lazos de parentesco. Las unidades domésticas simples constituían el 55 por ciento en tanto que las complejas

el 45 por ciento; había además en el barrio doscientas vecindades que constituían el 40 por ciento de las que existían en la ciudad.⁶

Si bien esto nos da cuenta de la solidaridad vecinal, también nos habla del hacinamiento en que vivían estas casi veinte mil personas. Los inquilinatos hundieron en formas de vida infrahumanas a no pocos analquenses. Rentas caras, en casas semidestruidas y en ocasiones sin agua; sin embargo albergaban a los que lo necesitaban.

Una tendencia de la época fue la construcción de grandes edificios y apertura de avenidas centrales. Aunque al interior del barrio no se realizó ninguna obra de envergadura, esa política edilicia afectó grandemente la vida de los analquenses. El río de San Juan de Dios se había convertido en un foco de insalubridad por lo que se decidió entubarlo. En su lugar se construyó una calzada paseo. Con el río desaparecieron oficios y fuentes de trabajo, horas de chismorreos en los lavaderos y baños públicos. Con la calzada se mejoró la salud pública a la vez que llegaron nuevas formas de ganarse la vida, diversiones y una forma de comunicación más estable y segura entre el oriente y poniente de la ciudad.

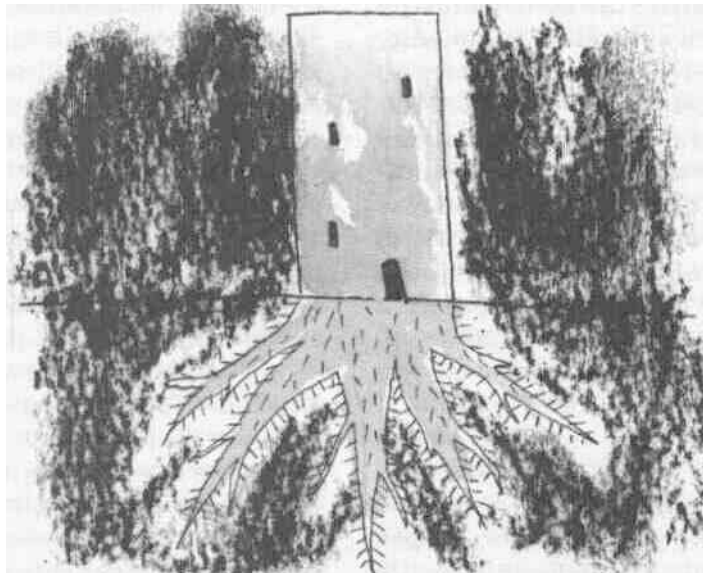
Los oficios desempeñados por los habitantes de Analco ascendían a más de doscientos en 1907. Pocos eran los que se dedicaban a labores agropecuarias, aunque menos aún obreros industriales. Muchos continuaban desempeñando oficios artesanales tradicionales. La mayoría se empleaban en labores vinculadas a los servicios públicos o privados, no necesariamente de planta, sino por jornada. Si en el conjunto de la ciudad se advertía cierta tendencia a la secularización, los sectores vernáculos de áreas marginales se mantuvieron adheridos a sus viejas ideas y creencias. El culto popular a la Virgen del Rosario, a San Juan Bautista, a San Sebastián, así como la participación en las peregrinaciones a las basílicas de las Vírgenes de Zapopan o de Talpa seguían teniendo un fuerte arraigo entre los analquenses.

Los cambios que afectaban en diferentes aspectos a la ciudad, propiciaron la formación de agrupaciones para dar respuesta a los problemas colectivos. Los pudientes se asociaron para embellecerla, establecer instituciones de beneficencia, impulsar servicios o solicitar prebendas y exenciones de impuestos; la gente de escasos recursos, como la de Analco, sin carácter formal, se reunió vecinalmente para solicitar el establecimiento de escuelas de adultos y de niños,

⁶ Libro de la Visita Parroquial realizada por el presbítero Jaime Anesagasti, 1907. Archivo Parroquial de San José de Analco.

para apoyar en su gestión ante las autoridades a algún vecino o para quejarse por los perjuicios que ciertos establecimientos o hechos les ocasionaban. En Analco la preocupación por la instalación y mantenimiento de canales de agua, del drenaje, alumbrado, abastecimiento, vigilancia, transporte, limpieza, ornato, implicó diversos tipos de relación, donde la suma de preocupaciones e intereses culminó en no pocas ocasiones en agrupaciones informales que intentaron ver por la buena organización y funcionamiento del barrio y por la preparación de sus habitantes para enfrentar las necesidades y problemática que les planteaba la vida moderna. La delincuencia y los problemas causados por la prostitución eran el pan nuestro de cada día en Analco, y también fueron motivos de agrupación para solicitar que las autoridades hicieran algo al respecto.⁷

Con el surgimiento de la modernidad, la sociedad urbana se convirtió en un conjunto heterogéneo en el que paulatinamente se despersonalizaban las relaciones, se perdía el antiguo trato directo de unos con otros y se fomentaba el individualismo. Los actos y sentimientos de colaboración vecinal fueron cada vez más escasos; el saludo, la fiesta, el juego y el comadreo popular tendieron a desaparecer, a la par que la vida cotidiana se transformaba con la introducción de servicios que acabaron las colas en las fuentes públicas o con caminatas grupales; las relaciones personales se volvieron menos estrechas y las distancias se agrandaron, la identidad individual tendió a confundirse con la masa. Como en las fábricas, la modernidad despersonalizaba las relaciones sociales en las grandes ciudades y suscitaba tensiones antes desconocidas. A medida que la ciudad se fue haciendo más compleja y requirió una especialización de funciones, se hizo necesario ejercer un control urbano centralizado por parte de las autoridades municipales. El espíritu del capitalismo en plena expansión mundial



buscó apoderarse de todas las capas sociales, e intentando ocultar las diferencias aparenta igualar a todo el mundo bajo la categoría de ciudadanos (cf. Weber, 1985 y Romero, 1976: 307-319).

En algunas zonas citadinas se fortaleció la solidaridad vecinal entendida como una práctica cotidiana en la satisfacción de las necesidades humanas y basada en la cercanía de residencia, mientras que en el conjunto de la ciudad se generalizaron las relaciones basadas en el hecho de que en el funcionamiento ciudadano intervienen un gran número de personas independientemente de que haya o no vínculos personales. Entonces, la actividad comunitaria ya no es espontánea, sino formal, y su funcionamiento requiere que el ayuntamiento ejerza sus funciones como organismo regulador de los comportamientos públicos y de algunos privados que afectan a la comunidad.

En ese contexto, los términos ciudadano —tapatío— y vecino —analquense— tendrán diferentes significados. El primero se referirá a la pertenencia a una ciudad, a un país, y por lo tanto tendrá una connotación más política, que no necesariamente va acompañada de convivencia con los que habitan los espacios circunvecinos. Las relaciones de vecindad en cambio se basan en la cercanía física de residencia, en la convivencia mutua y ayuda; el sentimiento de pertenencia al barrio, a la colonia, a la localidad será fuerte y fuente de orgullo, independientemente que apareje o no una conciencia política.

Como ya se mencionó, en Analco la modernidad provocó, entre otras cosas, un crecimiento demográfico exorbitante. La reacción de sus habitantes fue la de buscar albergue para todos sin importar el hacinamiento y no despersonalizaban las relaciones con los que arribaban. Esta reacción, en la que se manifiesta una particular cultura de los habitantes de esa parte de la ciudad, se vio reforzada por la política

⁷ Archivo Histórico Municipal. Ramo Obras Públicas: exps. 7 de 1897; 34 y 59 de 1904; 37 de 1905; 8 de 1906. Ramo Policía, cárceles y alumbrado: exps. 53 de 1899; 67 de 1900; 13 de 1902; 33 y 57 de 1908. Ramo Paseos, beneficencia y salubridad: exps. 60 de 1907. Ramo Fuentes, acueductos y saneamiento: exps. 92 y 9 de 1905; 32 y 36 de 1906; 17 y 67 de 1908. Ramo Aguas y saneamiento: exps. 2, 16, 31 y 48 de 1908, 13, 18, 30, 32, 35, 52, 67 y 70 de 1909. Ramo Miscelánea: exp. 105 de 1900. Ramo Hacienda: exp. 100 de 1908.

adoptada por el gobierno. Si bien el establecimiento de servicios buscó generalizarse, éstos, así como las obras públicas y suntuarias, se establecieron primordialmente en los lugares habitados por pudientes. Con ello y con el establecimiento de las nuevas colonias a las que sólo los económicamente poderosos tenían acceso, los referentes espaciales de determinados grupos —no necesariamente vinculados a la cultura— se reforzaron. Esto ponía al descubierto que aunque todos los habitantes de la ciudad fueran considerados ciudadanos por el ayuntamiento, tal planteamiento no significaba en los hechos que todos fueran tratados de la misma manera, se trataba de una democracia nominal, no real, pues había distintos tipos de privilegios para determinados grupos. De ahí que ante la imposibilidad de ser tratados como a otros, los habitantes de los barrios al mantener y recrear una serie de prácticas de convivencia y colaboración vecinal, al vivir como ellos han decidido y quieren vivir, establecen una práctica democrática cotidiana, aunque ellos no tengan conciencia de ello. Su resistencia no es pasiva, sino creativa.

Es por eso que en los barrios el sentido de pertenencia a un conglomerado ciudadano específico deriva de que sus habitantes comparten tiempo, costumbres, símbolos y tradiciones, características laborales y educativas, recursos materiales, formas de vida con ciertas particularidades culturales. Esto facilita el sentimiento de arraigo al espacio habitado, ya que constituye el escenario donde su cultura se desarrolla y enriquece.

Desde esta perspectiva, son muchos los estudiosos que con diferentes enfoques teóricos y metodológicos han reconocido la existencia de la diversidad e interrelación cultural tanto entre el campo y la ciudad, como en el interior de una misma sociedad, no sólo en lo que se refiere a clases o grupos dominantes, subalternos y marginales, sino también se plantean particularidades culturales relacionadas con la vida material, oficios y profesiones, religión, política, familia, educación, gusto, generaciones, etcétera (cf. Romero, 1976; Castells, 1976; Lefebvre, 1976; Signorelli, 1987; Molino, 1987, entre otros).

El caso de Analco nos acerca a la consideración de la diversidad cultural en el seno de las sociedades urbanas. Frente a la masificación de la vida ciudadana provocada por la modernidad y a la tendencia del capitalismo a imponer un ascetismo y hacer frías, calculadoras y anémicas las relaciones ciudadanas, al

interior de las ciudades han existido núcleos de habitantes en los que el avance de la “civilización” está lejos de “enfriar” los vínculos vecinales y la amabilidad de las relaciones interpersonales. Esto es posible porque las relaciones vecinales se van modelando dependiendo de las características culturales de las personas entre las que se den, en las cuales influyen su condición social, económica, religiosa o política, estableciéndose por ello diversos tipos de vínculos. De ahí la importancia del cura, del maestro, del curandero que, al igual que en las comunidades rurales, se presenta en los barrios de la ciudad. De ahí el uso de la calle como lugar de juego y chisme en horas de esparcimiento, del jardín como centro de reunión de jóvenes y señores, o del mercado como medio de comunicación y de compartir conocimientos domésticos y preocupaciones para las señoras.

Desde otra perspectiva se puede observar que, para contrarrestar los efectos de la anomia urbana, la modernidad introdujo innovaciones técnicas y administrativas tendientes a facilitar la existencia, con lo que propició la formación de agrupaciones y espacios no necesariamente vinculados al lugar de habitación, en los que el individuo puede encontrar nuevos referentes de identidad. Sin embargo, no todos los sectores sociales pueden acceder a esos nuevos referentes identitarios, especialmente los grupos de escasos recursos.

Para los instruidos, los políticos o de los económicamente poderosos el arraigo espacial no es significativo, ya que sus recursos les permiten obtener honor, prestigio y sentido de pertenencia o identificarse grupalmente por otros medios. A diferencia de ellos, los moradores de los barrios incrementan su riqueza, su patrimonio, sus recursos, fortaleciendo sus lazos vecinales a través de los cuales comparten tristezas y preocupaciones, pero también tradiciones, alegrías y hasta la vida familiar; no pierden el gusto por los aspectos campesinos, ni dejan de reconocer, valorar y conservar viejas costumbres que les ayudan a mantener su identidad personal como miembros de una comunidad con raíces en la historia.

A diferencia de los viejos oficios que se ven obligados a competir desigualmente con las nuevas formas productivas, la cultura barrial no busca resistir los avances tecnológicos y organizativos, sino el nuevo tipo de relaciones ciudadanas a que dan lugar, en las que ellos por su posiciones económico-social quedan marginados.⁸ Lo que pretenden al conservar

⁸ Las fábricas y los sindicatos que serían referentes para los pobres aparecerán más tarde y cuando lo hagan, de todas maneras quedarán excluidos las mujeres, los hijos o la familia del trabajador.

ciertas tradiciones o establecer formas de relación nuevas —pero diferentes a las que se imponen como tendencia general— es recrear una identidad que no los haga quedar o sentirse marginados de la vida social.

El proceso comunitario que adoptan para resistir el nuevo tipo de relaciones que se busca generalizar incide en la formación de culturas locales que se distinguen por imprimir sellos particulares a la forma de enfrentar y asimilar la novedad social. Y su forma de relacionarse constituye un verdadero patrimonio cultural y una forma de ejercer la democracia (cf. Bontempo y Amerlinck, 1993).

En Analco se realizaron a lo largo del siglo XX una serie de obras que han transformado no sólo las formas de ocupación del espacio, sino también las relaciones sociales y personales de los analquenses. Tal es el caso del establecimiento, en su límite sur, de la antigua central camionera a mediados de siglo, que dio lugar a un considerable número de talleres, casas de asistencia, hoteles, restaurantes y comercios, muchos de los cuales permanecen aún debido a la función que como estación de autobuses para poblados cercanos sigue desempeñando; la ampliación, en 1966, de la calle Catalán a la que se le cambió el nombre por el de Avenida Revolución, obra que al destruir muchas vecindades acabó no sólo con lugares comunes para los que las habitaban, sino también con las relaciones vecinales particulares que estos multifamiliares propician (lugares comunes de esparcimiento, trabajo doméstico, cuidado de los menores, comunicación y discusión de problemas locales, etcétera); o la construcción del Colector Oriente a lo largo de la calle de Gante y partes de las de 20 de Noviembre y Aldama, que interrumpió durante su realización la vida cotidiana de sus habitantes. También durante esta centuria Analco ha visto desaparecer viejos edificios de tradición histórica como El Palacio de la Audiencia, también llamado de Medrano o de la Ahorcada, del que se conservan algunas leyendas.

No obstante estas y otras transformaciones los habitantes de Analco se siguen reivindicando analquenses, conservan festividades religiosas tradicionales —San José, San Sebastián, Nuestra Señora de los Dolores, Nuestra Señora de la Soledad, el Señor de las Maravillas—, pugnan por sus espacios de convivencia particulares —Plaza de San Sebastián, Jardín de San José, Patio de Los Ángeles—, cuentan con una “Sociedad Histórica”, celebran el aniversario de su establecimiento, se sienten orgullosos de su origen indígena y de los personajes importantes para la ciudad que han nacido o vivido entre ellos, así como otras muchas características históricas y cotidianas,

cargadas de significados particulares, que hacen que los habitantes del resto de la ciudad también les asignen esa identidad. Una muestra de ello es que, por disposición municipal, recientemente se hayan colocado en la plaza de San Sebastián las estatuas de Cuauhtémoc y Tenamactli, que se encontraban en otros lugares de la ciudad.

Como en otros barrios y colonias, en Analco lo dinámico y multifacético de la realidad adquirirá una gran viveza: frente a la tendencia de unificación ciudadana ellos refuerzan con un matiz particular un tipo de diferenciación espacial en la urbe; frente a la democracia política impuesta desde arriba, ellos practican una democracia cotidiana voluntaria; frente a la tendencia cada vez mayor a los referentes identitarios virtuales, ellos reafirman los referentes espaciales y concretos, ya sean tangibles o intangibles.

Del 22 abril de 1992 a la fecha, Analco atraviesa por la más difícil de las pruebas a las que se haya enfrentado para conservar su identidad. Las tremendas explosiones a que graves errores de la administración pública dieron lugar en esa zona de la ciudad, han desintegrado dolosa y dolorosamente su comunidad. Algunos de sus habitantes se han dado por vencidos, otros continúan en la lucha porque la reconstrucción culmine con la recuperación de su particular y significativo modo de vida, de su cotidiana democracia, es decir de su patrimonio cultural.

Bibliografía

ARIAS, PATRICIA Y DANIEL VÁZQUEZ

1996 “El fraccionamiento popular en Guadalajara. Crónica de una transformación acelerada”. Ponencia presentada en el Coloquio de Historia Urbana celebrado en Lagos de Moreno, Jal., del 12 al 14 de septiembre de 1996.

BONTEMPO, JUAN FERNANDO Y MARI JOSÉ AMERLINCK

1993 “La restitución del patrimonio cultural”, en Padilla, Cristina y Rossana Reguillo, *¿Quién nos lo iba a decir?*, Guadalajara, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

CASTELLS, MANUEL

1976 *La cuestión urbana*, México, Siglo XXI editores.

HART, JOHN M.

1992 *El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana*, México, Alianza Editorial (3a edición).

LEFEBVRE, HENRI

1976 *La revolución urbana*, Madrid, Alianza Editorial.

LÓPEZ MORENO, EDUARDO

1992 *La cuadrícula en el desarrollo de la ciudad hispanoamericana*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.

LÓPEZ MORENO, EDUARDO Y XÓCHITL IBARRA I.

1996 *Barrios, colonias y fraccionamientos: diferentes formas de habitar el espacio urbano en la historia de Guadalajara*, mecanoescrito.

MOLINO, JOSÉ

- 1987 “¿Cuántas culturas?”, en Giménez, Gilberto (comp.), *La teoría y el análisis de la cultura*. México, Secretaría de Educación Pública/Universidad de Guadalajara/Consejo Mexicano de Ciencias Sociales.

MORENO TOSCANO, ALEJANDRA Y ENRIQUE FLORESCANO

- 1976 “El sector externo y la organización espacial y regional en México, 1521-1910”, en Wilkie, J. W., M. C. Meyer, E. Monzón de Wiikie, *Papers of the IV International Congress of Mexican History*, Berkeley.

ROMERO, JOSÉ LUIS

- 1976 *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI editores.

ROSALES, HÉCTOR

- 1996 “Los Barrios”, en Sevilla, Amparo y Miguel Ángel Aguilar D. (coords.), *Estudios recientes sobre cultura urbana en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Plaza y Valdés editores.

SIGNORELLI, AMALIA

- 1987 “La cultura campesina”, en Giménez, Gilberto (comp.), *La teoría y el análisis de la cultura*, México, Secretaría de Educación Pública/Universidad de Guadalajara/Consejo Mexicano de Ciencias Sociales.

WEBER, MAX

- 1985 *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Ediciones Orbis.